

El vino de Baudelaire

Pablo Brescia

El vino y la embriaguez son constantes en la obra de Charles Baudelaire, quien iguala las dimensiones míticas, alquímicas y visionarias que alcanzaron poetas como Omar Khayyam, Catulo, Coleridge o Poe. Pablo Brescia nos deja beber en este ensayo el fuerte vino del gran autor de Las flores del mal.

*Quien sólo bebe agua, oculta algún
secreto a quienes le rodean.*

Charles Baudelaire

“El vino y el hachís considerados como
medios de multiplicar la individualidad”

Desde las civilizaciones y mitologías griegas y romanas, pasando por los carnavales de la Europa medieval y por los sacramentos cristianos, y llegando a los *wine bars* de hoy, la función e importancia del vino en el mundo occidental es notable. Cabe destacar que la uva ha tenido tradicionalmente un *status* superior al del grano en la jerarquía simbólica asociada con el alcohol. No obstante, esta idea de un escalafón etílico está en continua reconfiguración: en una época, el vino puede representar a las clases sociales bajas o metaforizar la resistencia a la opresión; en otras, puede referirse a un elitismo *snob* de las clases altas hacia aquellos que no lo beben. Lo que interesa puntualizar es que el vino es una bebida que tiene resonancias socioculturales significativas; por ejemplo, se enlaza con la sangre en los rituales ceremoniales del cristianismo, representando la vida y la muerte. Es esta paradoja en la que el vino puede representar extremos aparentemente irreconciliables define también la tradición social y literaria asociada a él.

No es la intención de estas páginas hacer una arqueología de las relaciones entre el vino y la literatura, sino

más bien señalar un punto de inflexión en su desarrollo. Los poemas que Charles Baudelaire incluyó en su seminal libro *Las flores del mal* (1857) bajo el rubro “El vino” son fundamentales y fundacionales al respecto. Esta secuencia de textos integrados —aquellos textos que, siendo autónomos, se enlazan entre sí, conformando un patrón de relación— contiene cinco textos: “El alma del vino”, “El vino de los traperos”, “El vino del asesino” y los sonetos “El vino del solitario” y “El vino de los amantes”. Quizá menos conocida es la reflexión ensayística que publica como “El vino y el hachís considerados como medios de multiplicar la individualidad” en 1851, a la que también haremos referencia. ¿Cuándo surge este cruce entre vino y literatura en la vida y obra del poeta francés? Según nos informa Enrique López Castellón en su prólogo a la edición de *Los paraísos artificiales/El vino y el hachís/La Fanfarlo* (1860), corre el año 1843 cuando Baudelaire alquila dos habitaciones y un aseo en el Hotel Pimodan, recinto que frecuentaban personajes de la comunidad artística parisina como el escritor Théophile de Gautier, el pintor y violinista Bossard y el mecenas Roger de Beauvoir. Allí comienza su efímera afición por el hachís y su empedernido consumo de vino blanco que, como dice López Castellón, representa una época de su vida “en que vivió su marginalidad como poeta paralelamente a la que sufrían ciertos sectores humildes de la población” (p. 6). De estos años

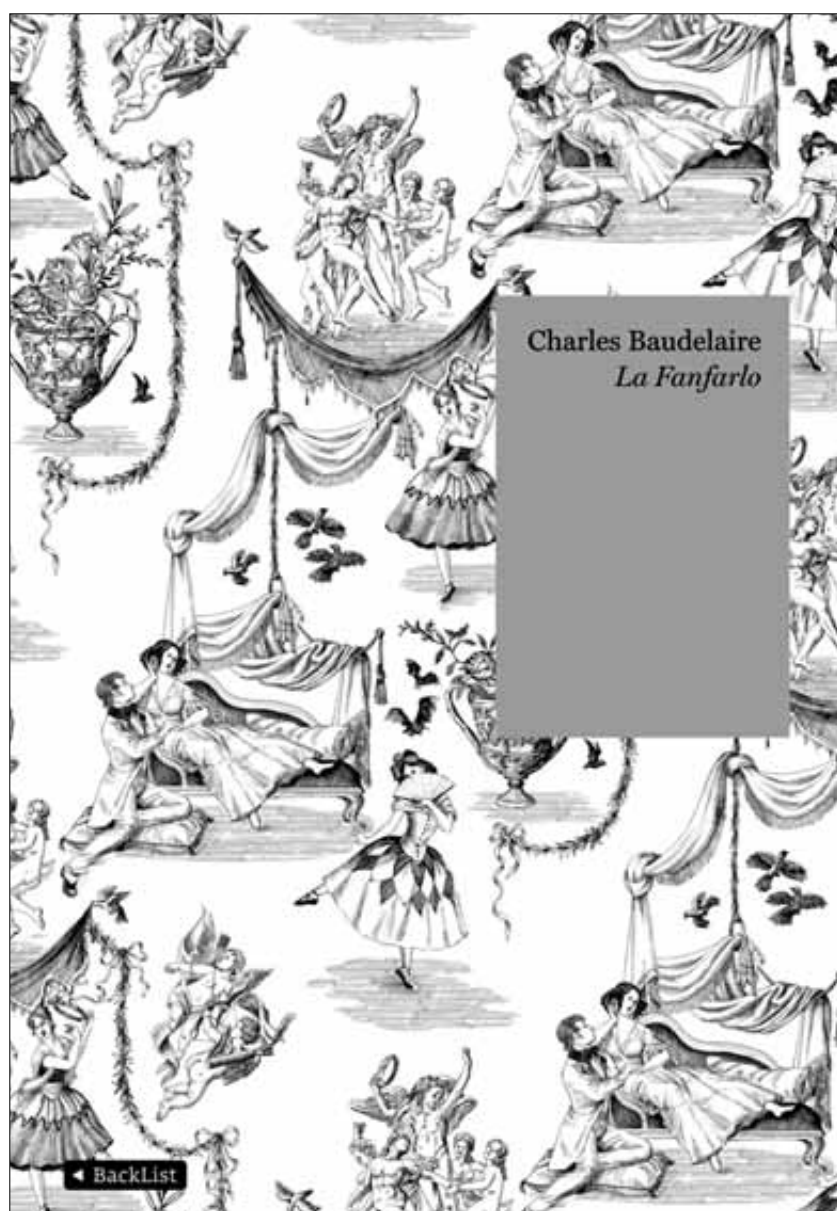
datan también los poemas sobre el vino, composiciones que, como bien explica James Nicholls en *A Babel of Bottles: Drink, Drinkers and Drinking Places in Literature*, inauguran una tradición: la función de la bebida como medio para y metáfora de las autorreflexiones sobre la posibilidad de trascender la existencia cotidiana y alcanzar momentos de poesía artística y vital (p. 19).

Leer la secuencia del vino baudelaireano nos da una pauta de la multiplicidad de voces convocadas en el cruce entre bebida y voz poética. Cada poema cuenta una historia y abre un mundo, pero también se relaciona con los otros textos y conforma casi una filosofía del vino. El primer poema, “El alma del vino”, personifica a la bebida para que se dirija al poeta y le cante su ser; los poemas restantes son historias mínimas que unen al vino con seres marginales: los traperos, un asesino, un solitario, unos amantes. Dice Gautier en su prólogo de 1868 a *Las flores del mal*: “No será necesario decir que no se trata [...] de canciones báquicas celebrando el mosto, ni de cosa alguna semejante. Son pinturas odiosas y terribles de la embriaguez; pero, a la manera de Hogarth,

sin moraleja” (p. 42). A nuestro juicio, Gautier se deja llevar por el carácter “maldito” que se le adjudica a la poesía de Baudelaire. Si bien su descripción puede aplicarse a algunos poemas del grupo, dista de caracterizar, sobre todo al que inicia la secuencia, con justeza.

En el poema que sirve de introducción —a cuyas imágenes Baudelaire acudirá también en su ensayo “El vino y el hachís”—, el cromatismo y la musicalidad se engarzan en una temática de unión entre bebida y bebedor, vino y hombre. En las primeras tres estrofas, el vino encerrado en “cárcel de vidrio... / bajo lacres rojos” canta “en cariño y en verdad / este canto de amor y fraternidad”. Reconoce “el sudor y la labor que cuesta... / soplar me un alma y engendrarme una vida” y se pronuncia decididamente por la garganta y el pecho humanos antes que “mis frías bodegas y su fría negrura”. Y como si fuera una relación de iguales, en las siguientes tres estrofas que cierran el poema, el vino aparece como poderoso y necesario elixir para la vida. Extingue la sed del trabajador los domingos y representa la esperanza frente al dolor; Baudelaire dibuja una escena cotidiana para realzar las bondades del vino (obviamente dejando de lado sus consecuencias perjudiciales): “Ante la mesa / en el rincón parada, / con la manga hasta el codo arremangada, / en las horas más tétricas del día, / me glorificarás y tendrás alegría”. El vino aparece entonces como recompensa luego de la jornada de trabajo, como bálsamo e incluso como propulsor de una nueva dinámica familiar que excita las pasiones y fortalece los cuerpos, poniéndole “una llama en la mirada” a la esposa y convirtiéndose en aceite para los músculos del hijo. Y la conclusión plantea el credo central de Baudelaire en esta etapa de su poesía con respecto al vino, la posibilidad poética de trascendencia, cuando concluye: “Y caeré sobre ti, vegetal ambrosía, / grano que el sembrador eterno bendecía, / para que de los dos nazca la poesía, / rara flor que al jardín eterno da alegría” (pp. 291-292). El vino es, entonces, manjar divino que otorga belleza y juventud, fruta sagrada, flor que produce alegría y fuente, en su encuentro con el hombre, del espíritu poético.

La embriaguez puede conducir al éxtasis y a la inspiración, pero no por nada Baudelaire habla de los “paraísos artificiales” —la embriaguez también puede ser terrible—. En los siguientes tres poemas de la secuencia, el vino visita a los desgraciados. Baudelaire se detiene en la sombría realidad del traperero, esto es, el recogedor de basura parisino. “Estas gentes que acosa la miseria acá abajo, / curvados por los años, molidos del trabajo, / que habitan en cubiles de escombros y cascajo, / vómito del inmenso París del barrio bajo...”. Sin embargo, Baudelaire transforma la arquitectura citadina y a su personaje: ahora es un rey heroico, cual Napoleón que ha ganado la batalla; hay flores en la acera y los arcos



triumfales lo celebran. El vino es precisamente lo que permite ese sueño de victoria. En “El vino de los trapeiros”, el delirio de grandeza transforma la realidad en ilusión, pero hay otros delirios. La estremecedora estrofa inicial de “El vino del asesino” (“¡Ella está muerta y yo soy libre! / Todo el jornal me beberé. / Antes su gritos me aturdían, / cuando volvía sin con qué”) nos hace incursionar en un universo oscuro y pasional de revanchas y frustraciones. La descripción del encuentro es digna de un *film noir*: “Le di cita en una calle / oscura, en tétrico aislamiento: / ¡y vino! —¡Loca criatura! / Cualquiera tiene un mal momento”. El asesino, “borracho perdido, / sin miedo ni remordimiento”, como él mismo se describe, se convierte en suicida y muere blasfemando: “Yo, igual que de Dios, me río del Diablo y de la Santa Mesa”. El tercer vino es el del solitario, donde aparece un catálogo de imágenes en distintos contextos —la mirada de una dama galante, las últimas fichas del jugador, un beso libertino, una música sensual— que empalidecen al compararlas con el valor de una botella de vino: “no: nada de esto vale, ¡oh botella profunda! / lo que los suaves bálsamos de tu piedad fecunda / deja en el corazón del poeta mortal”. La embriaguez en el caso del solitario muestra nuevamente el doble filo del vino: posible dador de esperanza y vida, propone también, en la exaltación, igualar al hombre con Dios, lo que Baudelaire vería como una de las tentaciones satánicas de los paraísos artificiales. El vino como bálsamo, como energía positiva y como posibilidad de trascendencia aparece en el último poema de la serie, “El vino de los amantes”. Imágenes de movimiento (trote, vuelo, nado) se complementan con la libertad (“sin freno, espuelas y sin brida”) para hermanar a los amantes y convertir al vino en la bebida que los conduce al paraíso, un paraíso que aparece calificado, no obstante, como delirio y desvarío. Así, la multiplicidad de la que hablaba Baudelaire en su ensayo queda plasmada en los diferentes personajes protagonistas de sus poemas (pp. 293-299).

La palabra poética se complementa con los conceptos vertidos en “El vino y el hachís considerados como medios de multiplicar la individualidad”. Y es aquí donde se manifiesta el carácter paradójico del vino en toda su magnitud. Por un lado, el poeta francés lo presenta como justa recompensa, como fruto de la tierra que da esperanza y vitalidad; por el otro, como atrayente y peligroso estimulador de emociones y edificador de utopías. “¡Qué auténtica y ardiente es esa segunda juventud que el hombre obtiene de él! Pero, ¡qué terribles son también sus fulminantes voluptuosidades y sus enervantes hechizos!”, dice Baudelaire en *Los paraísos artificiales/El vino y el hachís/La Fanfarlo* (p. 219). La embriaguez que puede llegar a producir el vino tiene, en el universo poético baudelaireano, tres sentidos principales: por un lado el literal, o sea el efecto causado por el



Charles Baudelaire, 1855

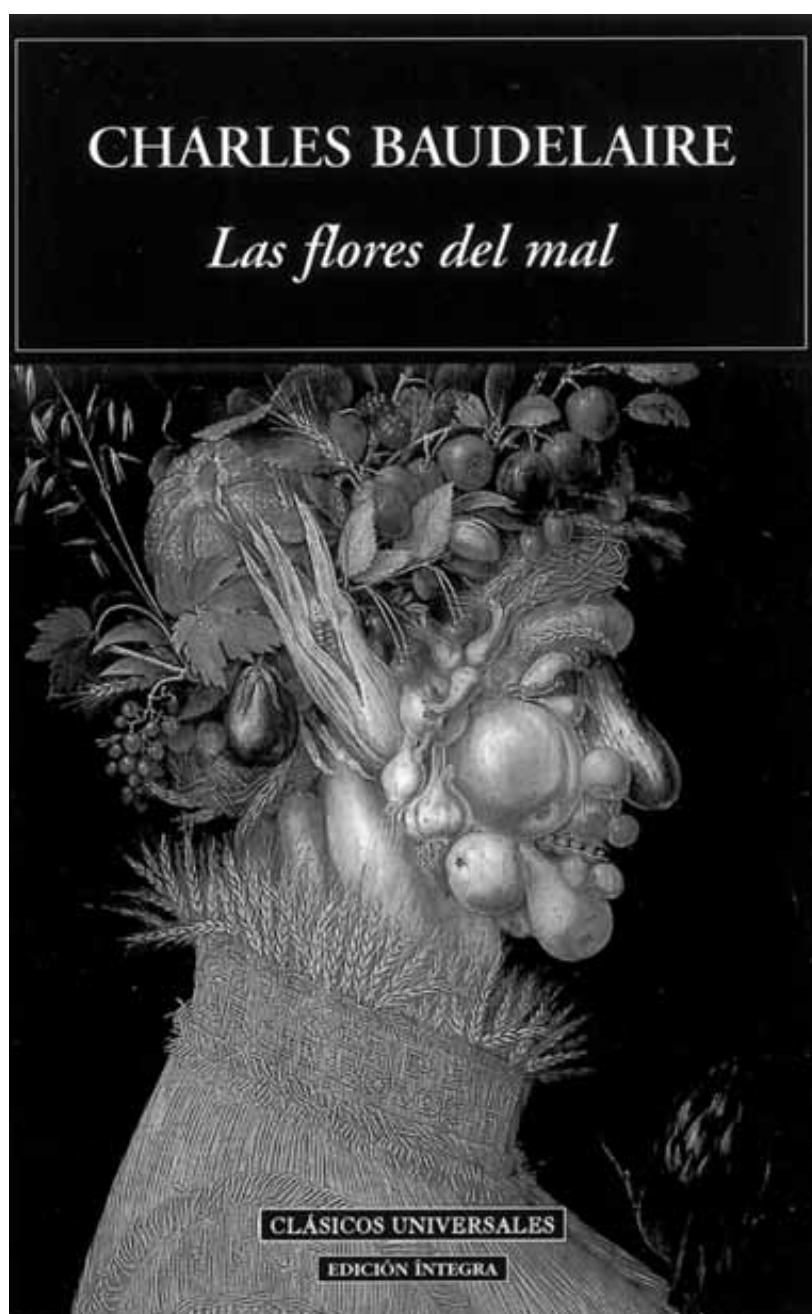
alcohol, la borrachera; por otro, el sensorial/sensual, en el cual se alteran los sentidos y así, como explica Esteban Tollinchi en *Los trabajos de la belleza modernista 1848-1945*, se “provocan visiones de la correspondencia de todas las cosas, [se] incrementa el don de la analogía, [se] energizan los objetos” (p. 153), y por último el sentido estético, donde el vino permite correr el velo de lo cotidiano y descubrir lo poético detrás de él. No hay un juicio moral sobre el tema y Baudelaire acusa de hipócritas a quienes lo esgrimen. “Con frecuencia he pensado que si Jesucristo se sentara hoy en el banquillo de los acusados, no faltaría un fiscal que hiciera ver que su caso era agravado por la reincidencia. Respecto al vino, reincide diariamente. Todo los días repite sus buenas obras, lo que explica, sin duda, por qué se encarnizan con él los moralistas, es decir, los fariseos pseudomoralistas”, dice (*Los paraísos artificiales/El vino y el hachís/La Fanfarlo*, p. 221). Al contrario, el vino “como un nuevo Pactolo, hace que fluya un oro espiritual por la humanidad enfermiza” (p. 222).

La objeción y la paradoja provienen de otro lado. Es sabido que la oposición arte-naturaleza recorre la

obra de Baudelaire. En el viaje que se propone a las regiones por descubrir, el poeta será el descifrador del mundo, el espía en campo enemigo que envía mensajes secretos. Frente al *Spleen*, la condición decaída y enferma de lo natural, el tedio de vivir, surge lo artificial, lo creado por el hombre. El problema, la paradoja, de estos “paraísos artificiales” es que en ocasiones nos ofrecen vislumbrar la trascendencia pero a cambio del sometimiento de la voluntad; si Baudelaire aceptara esto sería un poeta romántico, pero no lo es. Para él no existen ni la inspiración, ni la espontaneidad, sólo el trabajo y la voluntad. Lo artificial entonces no es sólo lo artístico y bello sino también lo falso y engañoso. Baudelaire parece inclinarse en principio por el vino, el hachís y el opio como metaforizaciones de la poesía, entendida no sólo como literatura, sino como método de descifrar el mundo, pero pronto entiende que la respuesta que

ofrecen es incompleta porque enmascara el dolor, condición humana ineludible. Como sentencia en su “Diarios íntimos” el mismo Baudelaire dice: “A cada minuto nos sentimos aplastados por la idea y la sensación del tiempo. Y no hay más que dos recursos para escapar a esa pesadilla, para olvidarla: el placer nos gasta. El trabajo nos fortifica. Elijamos” (*Los paraísos artificiales/El vino y el hachís/La Fanfarlo* p. 28). Tal vez por eso la secuencia del vino inicia con ilusión y optimismo, el vino es comunal y está ligado al trabajo, a la familia y a la poesía, pero ya no volvemos al momento de la producción del vino en los textos restantes, sino a su consumo degradante en la ciudad. En una época cuando apenas despuntaba la mercantilización, la adicción y el tráfico, Baudelaire piensa los paraísos artificiales —sobre todo el opio y el hachís—, según asevera Félix de Asúa en *Conocer Baudelaire y su obra*, como “dependencia turística del infierno. No porque en la ebriedad deje de contemplarse el vertiginoso vacío del solipsismo, lo realmente divino, sino porque se trata de un estado intermitente: obliga a regresar” (p. 62).

López Castellón indica que para 1860, el poeta francés ya se ha hecho un aristócrata del espíritu y se aleja del vino, “cuya vulgar embriaguez queda a disposición de los pobres” (p. 11). Yo tengo para mí que Baudelaire rechaza con ahínco el opio y el hachís, pero todavía cree en el vino. Hay dos escenas, dos extremos: en una, Baudelaire, con la copa de vino en la mano, contempla a Jeanne Duval, su amante, consumirse en aguardiente. Entonces odia con ahínco el alcohol. En la otra, Baudelaire cuenta en su ensayo una anécdota de sus paseos por París: dos amigos se dirigen a una taberna y uno cae; varios curiosos se reúnen a su alrededor. El que se mantiene de pie continúa hacia su destino, aparentemente indiferente a la suerte de su compañero, pero al poco tiempo regresa con un pedazo de cuerda que ata alrededor de su amigo borracho. Echa a andar, arrastrándolo, “y transporta a su amigo a la cita con la felicidad... La gente se queda estupefacta; porque lo demasiado hermoso, lo que supera la capacidad poética del hombre produce más asombro que ternura” (*Los paraísos artificiales/El vino y el hachís/La Fanfarlo* p. 225), dice Baudelaire. Aquí el poeta francés ama a la botella. ¿Cómo se explica esta paradoja? Para él, “el vino se parece al hombre: nunca se sabe hasta qué punto se le puede apreciar o despreciar, amar u odiar; ni cuántos actos sublimes o crímenes monstruosos es capaz de realizar” (p. 219). El vino es como el ser humano y como la vida.¹ **u**



¹ Una versión de este texto se publicó como “Tránsitos del vino: algunos apuntes” en *Aguas santas de la creación*, edición de Sara Poot Herrera, Dirección de Cultura del Ayuntamiento de Mérida, UC-Mexicanistas, Mérida, 2010, pp. 187-194.